

---

**PARA MIS HIJOS**

**MIGUEL A. LOPEZ**

Imprenta de "La Organización"

Medellín, 1913

## ESCUCHAD, LECTORES

Sin pretensiones literarias, he emprendido la publicación de este opúsculo encaminado a llevar al ánimo de mis hijos el convencimiento de que al entrar de lleno en la sociedad —pues bien sabido es que los niños de hoy serán los hombres que habrán de constituir la sociedad futura— tengan algún norte o guía que les indique el camino que han de transitar, para evitarse remordimientos más tarde; remordimientos que pueden dar al traste con su vida, pues a los que hemos recorrido ya buena parte de ella nos ha tocado observar que si a muchos jóvenes, que desgraciadamente han seguido el enmarañado sendero de los vicios, se les hubiera procurado en oportunidad sanos consejos y dándoles buen ejemplo, tal vez hubieran evitado ese cáncer social desgraciadamente tan común: Las malas compañías.

Hoy, alentado por multitud de conceptos que, personas de buen criterio y bondadosas además, han tenido la amabilidad de darme, con respecto a este modesto trabajo, emprendo la segunda edición, en la esperanza de que encontraré muchos colaboradores en los padres y madres de familia que me van a hacer el grande honor de leer esta cartillita; de ponerla en seguida en manos de sus hijos, pues para lograr el éxito que pretendo, esta edición, como la anterior, será distribuida gratis y de una manera especial entre la clase obrera. Yo no busco remuneración pecuniaria de ninguna clase como premio a mis esfuerzos; me basta el saber que mañana un joven, de cualquiera clase social, leyó este folleto, lo meditó y de su lectura y meditación sacó como fruto el convencimiento de que sólo mediante el estudio logra su independencia y relativo bienestar el hombre en este mundo; que el estudio es el único y noble escudo para resistir los embates de las pasiones, el gran moderador de éstas; por supuesto, habiendo tenido en la niñez por fundamento las sabias, sublimes y cristianas enseñanzas que nuestras santas madres nos infunden desde que principiamos a balbucir las primeras sílabas. ¡Cómo me alegraría que esta semilla encontrara campo más propicio para su crecimiento y desarrollo en jóvenes de la clase obrera, que vienen a ser quienes más necesitan de la educación e instrucción para compensar así los pocos o ningunos recursos con que han de contar cuando les falte el apoyo de sus padres, y aun antes, pues bien sabido es cuán estrecha es la vida aquí para los artesanos y obreros en general!

Elemental deber de justicia es dejar constancia de que esta segunda edición se debe a la generosidad de algunos caballeros que están empapados de las mismas ideas, los cuales han tenido a bien facilitarme

recursos para emprender ésta, más numerosa aún que la primera. Que les toque a ellos la parte correspondiente en los frutos que se alcancen con la difusión de las ideas contenidas en este librito.

He de consignar también aquí mi eterna gratitud hacia mis padres, quienes, desviándose de la práctica establecida entre los artesanos de su tiempo, que apenas veían que sus hijos sabían firmarse, leer y medio contar, los retiraban de la escuela para aprovechar su ayuda, e inmediatamente después los ponían a trabajar a su lado<sup>(1)</sup>. Mis padres, repito, divisaron en lontananza —con la aguja en la mano, única arma que les he conocido en su tranquila vida de obreros— que al dedicar el fruto íntegro de su trabajo, sin mezquindades de avaro, a la educación de sus hijos, labrarían de esa manera en este mundo su propio bienestar, y el de aquéllos, para después pasar su vejez rodeados de cariños, de respetos y de cuidados.

Padres y madres de familia que me hacéis el honor de leer estos renglones: procurad conducir a vuestros hijos por el verdadero camino; preocupaos un poco más en educarlos e instruirlos, y un poco menos en amontonarles peso sobre peso; no perdáis de vista que el dinero se derrite como la nieve al sol; procurad que mañana, cuando suene la hora de la marcha final, os quede siquiera el consuelo de haber amontonado riquezas para dejarlas en buenas manos; no olvidéis que el mejor epílogo de la vida de los padres de familia, al dar el último suspiro, debe resumirse en estas frases: hemos cumplido en un todo y en la medida de nuestras fuerzas, con nuestro deber; ahora, que venga la muerte y a dormir en paz.

*El Autor*

Medellín, Junio 28 de 1913

---

<sup>(1)</sup> Conste que al mencionar esto, lo hago únicamente como detalle, en manera alguna es una censura, ni mucho menos, a los artesanos contemporáneos de mis padres.

## PARA MIS HIJOS

*"Haz el bien, y no mires a quién".  
El estudio ennoblece al hombre y  
destruye las pretendidas desigualdades  
sociales.....*

Yo te saludo, querido hijo mío, fruto de mi santa unión con tu adorada madre! ¡Yo te saludo, lleno de júbilo y de tristeza al mismo tiempo, mas no me explico el por qué; tal vez me lo explique más tarde, cuando estés dando los primeros y vacilantes pasos por el tortuoso sendero de la vida. Por ahora no alcanzo a comprender si viniendo en época tan adversa, serás feliz o desgraciado. Las noches tormentosas suelen tener sus plácidas auroras! En todo caso, bienvenido seas! Bendito el Cielo que se ha dignado enviarte para dulcificar, tal vez, las amargas horas de nuestra existencia!

Mañana cuando penetres en la sociedad, cuán oscura se te presentará! nada importa! No entres en ella; no la sondées, que su corazón es como pantano pútrido que asfixia con su olor nauseabundo cuantos se acercan a él; no llegues siquiera a su asqueroso vórtice; no te detengas jamás a escuchar la menor insinuación que uno de sus enfangados hijos te haga; mas respétala siempre. Jamás desmayes; cuando presientas que vas a zozobrar, implora al Cielo, que él te ayudará.

Esa falsa palabra que doquiera vas a oír: *amigo*, escúchala y no la creas; ni un solo instante des crédito a semejantes individuos; sábelo de una vez: no tienes más amigos, en la verdadera acepción del vocablo, que tus padres. Los demás, óyelo bien, vienen a ser relacionados más o menos queridos; amigos, jamás.

Por su puesto que, como en todo, existen excepciones, y aquí me tienes que éstas vienen a confirmar la regla. Porque, yo pregunto: todos los disgustos, todas las enemistades que a cada paso ocurren entre las personas, ¿no provienen justamente del falso concepto que se tiene acerca de la amistad? No vemos constantemente que los dramas de sangre, que las más de las veces tienen un desenlace fatal, que acaban

con la muerte de uno y aun algunos de los actores, son consecuencia obligada de la mala apreciación, de la profanación, digamos, de tan augusta palabra? ¿No se observa con frecuencia que individuos, sobre todo entre aquellos que irónicamente llamamos el pueblo, se encuentran, y para celebrar el *feliz* tope, lo primero que dicen, la fórmula sacramental que llamáramos, es: vamos el *amigo* a *clavarnos* un trago, pero grande, para que lo sienta el cuerpo, que está haciendo mucho frío; que está haciendo mucho calor; que estoy muy contento porque me ha rendido hoy más que otros días el trabajo; que estoy muy aburrido porque *peilé* con mi mujer; porque en casa me echaron *cantaleta* dizque porque gasto uno que otro real en mis *traguitos* y no se fijan en que trabajo de sol a sol, y algún desquite ha de tener quien tanto trabaja? Y si seguimos a estos *buenos amigos*, paso a paso, ¿no vemos que dice uno de ellos, "el uno sin el otro no es nada" y pronto se ponen a *media caña*, *chapolos*, *alzados*, según su léxico? Y una vez en dicho estado ¿no se les desata la lengua y sale de su boca el *tapao* que en sano juicio retuvieran, y que en manera alguna se habrían atrevido a sacar a luz? No vienen en seguida las discusiones acaloradas, las indiscreciones, y acude al punto, a flor de labios, el vocablo hiriente, almibarado por supuesto con frasecitas como: *el amigo*, *compañero*, *hermano*, etc. etc.?

En individuos que dicen pertenecer a la clase alta de nuestra sociedad, ¿no vemos llamar con sin igual desparpajo *amigos* a otros que según ellos pertenecen a esfera un poco inferior "pero, que tienen la suma?" ¿No hemos observado que cotizan la palabreja esa al 20,000% y quieren que se les pague a pie de factura, e incitan a los pobres protegidos —pues desde luego es una protección que les dispensan al darles el *título honorífico de amigos*— a dar un paseo por las afueras de la ciudad, en coche, que ellos los primeros buscan y contratan, para después endosarle la deuda al pobre *lechoncito*, quien debe mostrarse sumamente agradecido al honrarlo con tan *elevada* compañía? ¿No les vemos llegar a una cantina —ese obligado trono de los *verdaderos amigos*— pedir de los licores más finos que haya, pues ellos no están enseñados a beber *caldo de caña*, como despectivamente llaman al delicioso néctar con que los Reyes del aguardiente están intoxicando a la mayor parte de los antioqueños—, confiados en que allí está el *amigo* que es tan "buen cuarto", complaciente cual ninguno, y, sobre todo, que la sabe gastar? Porque *hastay* con el amigazo: nadie sabe como él para qué se hicieron los billetes, ni el verdadero secreto de emplearlos. No es ni gracia, agregan, tiene tantos, y sobre todo, su padre con tal de que no ande con compañía de esos *perros* de su clase, que gaste cuanto quiera, que se dé gusto con los *cachacos* de la villa; para eso la han conseguido ellos a pura muñeca.

Pero al amanecer son las desilusiones; cuando estos *cachacos* presienten que ya se hace día, y los amigos de su rango pueden verlos con tales compañías, se observa que se tornan de un momento a otro hoscos, volubles, le lanzan una expresión cualquiera, frases bien hirientes, se hacen los enojados con las protestas del otro, y sacan como disculpa para abandonarlo que los traguitos han puesto a su compañero muy susceptible, y salen como flecha disparada para sus casas. Entran en puntillas para que papá no vaya a enterarse de su ausencia durante toda la noche; no lavan la cabeza, y tempranito al almacén, pues de esa manera despistarán a papá, y como el compañero no ha de divulgarlos, porque han tenido la precaución de ahuyentarlo con las ofensas inferidas antes de separarse, para que no se le ocurra ir al almacén a hacerles la visita de digestión, a enterar de esa manera a papá de sus travesuras nocturnas; que papá ignore por completo que ellos son hombres de echar una cana al aire sin su consentimiento.

Mas, como no faltan personas rectas y juiciosas que en sus nobles pechos han levantado un altar para la amistad, yo pregunto si los tipos descritos atrás abundan, desgraciadamente, en nuestra sociedad o no; yo pregunto si un padre de familia, que se haya dado exacta cuenta de su misión en este mundo desde que Dios le encarga la custodia de los hijos, puede en buena ley pretender que ignoren estas cosas; si prefiere el culpable silencio a la advertencia oportuna; si quiere que sus hijos, que naturalmente deben ser lo primero para él, se vean más tarde precisados a comprar esta experiencia a caro precio, tan caro, que llegue hasta a dar al traste con su tranquilidad y la de los suyos; o, por el contrario, les advierte con la debida anticipación de los peligros con los cuales han de tropezar, para que si mañana caen, como no es imposible que caigan, no tengan derecho a quejarse de su padre que por egoísmo, por no envenenarles el corazón desde pequeños, no les advirtió y les hizo ver las artimañas que a diario nuestros *verdaderos y caritativos amigos* nos procuran para arrastrarnos a la perdición.

Procura dirigir desde pequeño todas tus acciones de tal manera que nadie tenga que señalarte como ejemplo de maldad, ni mirarte con desprecio. Debes ante todo velar, a toda hora, por ganarte el aprecio de todos tus conciudadanos por medio de la suavidad del carácter, por tu honradez, por la austeridad de tus costumbres; jamás con adulaciones ni bajezas.

Aconséjate siempre de tus padres, y de aquellas personas juiciosas y prudentes, pues no es extraño encontrar individuos que, guiados por un falso criterio, unido a la relajación de costumbres, estén en expectativa para inducirte al mal; cosa extraña, pero que desgraciadamente suele acontecer con alguna frecuencia!

Te lo digo por experiencia; no son invenciones mías. ¡Cuántas veces se me ha incitado para que me arroje por el despeñadero de los vicios, halagándome con toda clase de sofismas, para luego darse el gusto de ser los primeros que enteren a la sociedad de mis desvíos! Larga sería la enumeración de estratagemas con las cuales se arman los tales *amigos* para inducir a uno a la perdición moral, social y doméstica; porque has de saber que el individuo que ha tenido la desgracia de seguir tan perniciosos consejos, ha encontrado, como premio de sus desvíos, el descrédito y la ruina moral, el desconcepto social, la tranquilidad de la familia perdida para siempre, y su rehabilitación casi imposible, pues bien sabido es que a un individuo de esas condiciones le queda muy difícil volver a ganarse la confianza y el aprecio de las personas honradas y sensatas.

Ten en cuenta que debes adoptar lo siguiente como norma de conducta, y el tiempo se encargará de decirte cuántos sinsabores de ahorrará: Una persona que quiera ganarse el aprecio y el respeto de la sociedad, debe obrar, en todo tiempo y en todo lugar, de tal manera que nadie se crea con derecho a tacharle el acto más insignificante de su conducta.

Una de las causas principales que me han inducido al buen manejo, y a evitar las malas compañías, que han sido, son y serán la perdición de las personas, es la siguiente:

Frecuentemente se observa en nuestra sociedad que padres de origen humilde, pero adinerados y de buena posición social, han fundado todo su orgullo en darles gusto a sus hijos; en procurarles buenas relaciones, conseguidas a golpes de dinero. Mas, ¿qué ha sucedido? Que sus hijos fueron a los colegios; se codearon con individuos de las clases altas; gastaron lo mismo que éstos, y aun más, pues no debían dejarse echar *cañas* de ellos; disiparon el tiempo y no se preocuparon con el estudio; no lo necesitaban, porque sus padres eran ricos, y el saber se suple con dinero, pensaban ellos.....

Como consecuencia obligada, se hastiaron bien pronto de los deberes que imponía la permanencia en el colegio, y cualquier día se salieron pretextando que el maestro amaneció de mal humor, les hizo mala cara, y ellos no tenían necesidad de aguantar *vainas* de nadie, acostumbrados como estaban a los mimos y contemplaciones de sus padres. ¡Que fueran a la punta de un cuerno el tal maestro y el estudio!

Se salieron; mas, ¿qué pasó? Lo que lógicamente tenía que suceder: que ya estaban maleados por el pernicioso ejemplo de sus compañeros de estudio, a los cuales encontraron en la sociedad con que tanto

soñaran al salirse del colegio. Y vino el Club, con sus respectivos billar y cantina, las juergas.... y allí fue Troya.

Ya no les bastaba el *viemeo* que les dieran sus padres cada ocho días en tiempos de colegio; se hizo necesario inventar dinero para salir de los apuros consiguientes a su nuevo puesto social. Primero cien pesos (que eran una gran suma entonces), después doscientos, más tarde... echemos un piadoso velo sobre lo que siguió. Bástete saber que se entregaron a toda clase de excesos, desmanes y bajezas, hasta el punto de perder aquello que una vez perdido jamás se recupera: La Vergüenza.

Se dejaron llevar de esos compañeros, "cuartos alegres"; traspasaron el dintel resbaladizo del vicio, se dejaron fascinar por quiméricas beldades. Una vez víctimas del vicio, no tuvieron un momento lúcido, o si lo tuvieron no quisieron aprovecharse de esa estela luminosa que Dios envía, de vez en vez, a esos antros tenebrosos para alumbrar la senda que conduce a sus víctimas al puerto seguro de la rehabilitación. No fueron suficientemente sensibles para apiadarse de las lágrimas de sus madres, esposas y hermanas, las cuales les hacían ver —sólo por el bien de ellos— cuán errados iban por la senda que llevaban; no les quedó un átomo de corazón para volver en sí y mirar espantados el aspecto triste y demacrado que presentaban a diario sus hijitos, los cuales se veían aniquilarse cada día más, pues no solamente les faltaban las caricias y cuidados paternos, sino, lo que es aún más doloroso: la alimentación, porque con la ración de hambre que ellos les arrojaban a sus esposas no bastaba para atender éstas al sustento de sus hijos, para su mayor tortura.... Esto vino a ser con el tiempo una lección práctica de la cual se sacaban grandes enseñanzas aprovechables en beneficio propio.

Nuestros padres, al contrario de los ya citados, fueron muy pobres, pues a duras penas alcanzaban a conseguir lo meramente indispensable para atender a las necesidades de la familia, pero tuvieron el talento y la intuición suficientes para comprender que no era con las relaciones del hijo de don Fulano con lo que sus hijos iban a presentarse en sociedad para librar las batallas de la vida; bien comprendieron que debía ser con el mérito alcanzado por el propio esfuerzo, y de allí que su constante preocupación fuera la de lograr que sus hijos no tuvieran necesidad de doblar el espinazo ante ningún rico para conseguir el sustento por medio de la adulación; ellos eran libres, de consiguiente se hacía preciso levantar la familia, agotar el último recurso en la educación de sus hijos, para labrar de esa manera su independencia futura, tanto moral como pecuniaria y social.



Procura, híz todo lo posible por habituarte al estudio, que es el único medio de liberación futura; fuera deseable que coronases una carrera en la Universidad, aquella que por natural inclinación sea más de tu agrado, pero, si esto no fuere posible, ¡por Dios! que no te contentes con saber leer de corrido y las cuatro operaciones aritméticas!

Existen muchas familias humildes que, debido a que sus padres no alcanzan a vislumbrar de manera clara que sus hijos deben salirse del nivel común y no tienen por qué seguir a todo trance la atávica coyunda; entre sus miembros, digo, se encuentran muchos que a duras penas saben firmarse, y de allí que se vean precisados a cargar con el pesado fardo que agobia sus hombros al tener que servir de peones, para ganar esa reducida ración de hambre que nuestros *caritativos* ricos les arrojan, como salario, a los humildes.

Estúdia, estúdia sin descanso, para que mañana, cuando siguiendo la corriente social, aquí en donde una persona honrada no tiene más remedio que fundar un hogar, para acogerse a buen vivir, no tengas que soportar el peso agobiador que hace encallecer las espaldas a fuerza de aguantar pesos enormes; que tu altivez de libre no tenga que domeñarse para suplicarle, a *mi amo Fulano de tal*, que te procure la limosna de mísero jornal para satisfacer las más apremiantes necesidades.

No es del todo indispensable que seas doctor, no; siquiera que corones con lucimiento lo que se llama el Bachillerato, que con esto, unido al perseverante estudio y observación reposada, metódica y prudente, te harás apto para desempeñar cualquier empleo, mediante tu buena conducta.

Sé muy honrado. ¿Sabes lo que es la honradez? Es, no solamente pagar puntual y religiosamente lo que se debe, causado, bien sea mediante préstamo o por valor de efectos, sino procurar ajustar todos los actos, aun el más insignificante, a la más estricta moralidad. No es el más honrado quien primero paga, sino aquel que paga todas las deudas. Has de saber que hay muchas clases de deudas; deudas para con los acreedores que nos han dado su dinero, o nos han confiado el valor de objetos que les pertenecieran; deudas para con nuestros padres, por el inestimable bien de criarnos y ayudarnos hasta el punto de ser útiles a la sociedad, provistos de los conocimientos y consejos necesarios para la lucha por la vida; deudas para con nuestros maestros que se han afanado por nuestra educación haciéndonos amable el estudio y así prepararnos lo mejor posible para el porvenir; deudas, en fin, para con la sociedad, pues, como no todo ha de ser egoísmo, no faltan almas nobles que le tiendan a uno la mano y le indiquen, generosa y desinteresadamente, el buen camino.

Si acaso en el curso de tu vida te toca desempeñar puesto importante en alguna empresa —pongo por caso— la primera, la constante preocupación, ha de ser la relativa a la delicadeza en el manejo de los intereses que pongan a tu cuidado. No olvides nunca que el único patrimonio de un padre de familia, pobre, el santo legado que puede dejar a sus hijos, en la honradez. En cuanto a esto debes ser muy escrupuloso, y aquí sí que debes evitar las malas compañías, pues es lo más seguro que muchos de aquellos que irónicamente se llamarán tus *amigos*, estarán a la vela para desacreditarte ante tus superiores, te sonsacarán para que hagas gastos, que ellos, mejor que nadie, saben que no puedes hacer; obran así sólo para labrar tu ruina moral, pues serán los primeros en publicar tus despilfarros, porque los tales estarán al corriente de lo que se te paga como remuneración a tu trabajo; serán ellos quienes proclamarán el desfaldo de tus salidas con respecto a tus entradas; ellos los primeros que pondrán al tanto a tus superiores de lo que pasa, les harán ver el perjuicio que les acarrea el tenerte al frente de sus negocios, las más de las veces con el objeto de reemplazarte en el empleo.

Y ya que te he supuesto Jefe de una empresa, fuerza es que te hable también acerca del comportamiento que debes observar, tanto con tus superiores como con tus inferiores, es decir, para con los empleados que estarán a tu dependencia.

Con tus patrones o superiores, debes ser muy respetuoso y obediente, sobre todo no dar motivo para que se quejen de ti por el poco cumplimiento de tus deberes. Procura hacer, si posible fuere, más de lo que te corresponda, no tener otra preocupación que el progreso de la empresa confiada a tu cuidado.

Los desniveles sociales producen siempre cierta prevención del inferior en relación con el superior, sobre todo en la clase obrera; y esto suele tener su razón de ser, pues no es extraño que el encargado de una empresa se confabule con su dueño para exprimir, abusar, y a veces torturar al pobre obrero, a quien suelen acostumbrarse a mirar, no como un prójimo más desvalido que ellos, con menos elementos de defensa, sino como suele decirse: como un macho de carga.

Pues bien, que no seas tú quien vaya a ejercer presión alguna sobre tus subordinados; trátalos siempre con la debida consideración, afabilidad, y, si preciso fuere, con dulzura; afánate siempre por hacerles más llevadera la ponderosa carga de la vida; házles amable el trabajo bajo tu dependencia; impónete de sus necesidades para que se las alivie en la esfera de tus facultades y, si fuere posible, interpón tus influencias acerca de tu superior y en beneficio del obrero; págales su salario puntual y oportunamente; no esperes jamás el momento de mayor angustia del pobre obrero, para hacer aparecer como misericordia lo que es de

justicia. Infórmate, indaga, escudriña la conducta de tus subordinados, tanto en su hogar como en sociedad; y, si es el caso, amonéstalos —en privado, naturalmente—; házles ver el errado camino que transitan, el mal que ellos mismos se están haciendo, sobre todo a sus familias, quienes vienen a ser la víctima expiatoria de los desvíos del jefe del hogar; socórreles en sus necesidades; ayúdales en todo lo que de ti dependa. Que no tengan que decir más tarde que el nieto e hijo de obreros se aprovechó de su posición para abusar con los mismos!

No quiere esto decir que te vuelvas todo corazón hacia ellos, no; es preciso también que trates de armonizar los intereses de tus patrones con las obligaciones y deberes de los obreros; no seas demasiado exigente con éstos ni permitas que tu debilidad para con ellos redunde en perjuicio de los intereses de tus patrones; en todo caso, tén siempre por norte la justicia, conservando a todo trance la entereza de carácter, que habrá de ser el distintivo, siempre, de todas tus acciones.

Cuando notes que no estás lo suficientemente satisfecho, bien sea con el proceder de tus superiores, o bien con la remuneración que se te paga por tu trabajo, no permitas jamás que tu entusiasmo y celo decaigan en lo más mínimo; conserva siempre la ecuanimidad que debe distinguir a toda persona honrada y de carácter, hasta el último momento que estés al frente de la empresa; no vayas a ejecutar actos indignos para obligar a tus superiores a prescindir de tus servicios. Con todo respeto y acatamiento diles, expónles los motivos que te obliguen a separarte de su lado, para que ellos lo remedien, si es el caso, o para que busquen el sustituto con la debida oportunidad, no sea que tu repentina separación del manejo de sus negocios redunde en su perjuicio; no trates de hacerte necesario jamás.

Cuando hagas un bien, no extrañes si se te paga con un mal: esto acontece con frecuencia; confórmate con la satisfacción íntima, que es la resultante de las buenas acciones.

Haz el bien y no esperes remuneración de ninguna clase, fuera de la tranquilidad de tu conciencia por el deber cumplido; porque has de saber que hay necesidad, diré mejor, obligación de hacer el bien y no desperdiciar ocasión de hacerlo. Siempre que calcules que alguien necesita de tus servicios, no seas negligente, antepónete, si es preciso, a su deseo, y corre a servir siempre con gusto, de tal modo que se te agradezca, por tu buena voluntad.

Marcha siempre por el verdadero camino, para que de esa manera te evites crueles remordimientos acá en la tierra; para que constituyas el orgullo de tus padres, y no su constante martirio, su terrenal purgatorio,

pues desgraciadamente vemos muchos padres de familia afligidos, debido al mal comportamiento de sus hijos con ellos y con la sociedad.

Por experiencia te digo: manejarse bien, servir de ejemplo y no de escándalo a la sociedad en que se vive, es el mejor negocio que puede hacer el hombre, es plantear todas las cuestiones en su verdadero terreno, es resolver el problema más difícil para el porvenir.

Sé muy cumplidor (pero sin fanatismos) con tus deberes religiosos, base indispensable de toda prosperidad y bienestar terrenales; sobre todo muy devoto de esa hermosa Imagen que, Dios mediante, verás en nuestra casa: me refiero a la de la Virgen al pie de la Cruz; la que ha sido y será siempre el consuelo en nuestros días de mayor angustia; la protectora de nuestra familia toda; la palanca de nuestros padres; el timón de nuestro hogar; la que va a interceder acerca de su Santísimo Hijo para que, si es su santa voluntad, te alumbre el entendimiento a fin de que comprendas, practiques y te haga depositario y fiel intérprete de los rudos pero benéficos consejos que al borde de tu cuna te da, quien por institución divina se ha convertido en tu amoroso padre, celoso más de tu bien y de tu porvenir que de los suyos propios, oh! mi querido Arturito.

*Miguel A. López*

Medellín, Octubre 22 de 1902.